


**ANA LAURA
MAGALONI**


Si Morena no resuelve cómo ordenar su propio poder, el país seguirá gobernado por una hegemonía sin orden. Una combinación peligrosa.

Hegemonía sin orden

En el cortísimo lapso de siete años, el ejercicio del poder en México cambió de manera radical. Pasamos de un sistema político plural y dividido –en el que ninguna fuerza política podía gobernar sin negociar con otras– a uno donde el poder se ejerce prácticamente sin contrapesos externos formales. Morena concentra la Presidencia de la República, la mayoría calificada en el Congreso, gobierna 23 entidades federativas y controla la mayoría de las legislaturas locales. En los hechos, no hay legisladores que bloqueen reformas ni tribunales con capacidad real de invalidar decisiones del poder político. El gobierno ya no necesita convencer a nadie fuera de su propio movimiento.

Pero el cambio más profundo no está solo en la aritmética del poder, sino en la forma en que hoy se gobierna. El ejercicio del poder ya no pasa por la negociación interpartidista, sino por la vida interna de Morena y de los gobiernos que controla. La pregunta decisiva ya no es qué opina la oposición, sino quién manda dentro del movimiento y con qué reglas.

La tentación inmediata es comparar este momento con el viejo PRI hegemónico. Sin embargo, esa analogía hoy confunde más de lo que aclara. El PRI logró ser un partido institucionalizado: tuvo reglas informales claras, cadenas de mando verticales y mecanismos eficaces para procesar conflictos

internos. Los grupos se disputaban espacios, pero una vez tomada la decisión presidencial con las cúpulas todos se alineaban. Esa disciplina permitió gobernar con estabilidad por muchas décadas.

Morena es otra cosa. Es un movimiento joven, que se construyó desde el territorio, con un liderazgo carismático que concentró decisiones en una sola figura. Andrés Manuel López Obrador gobernó desde su autoridad personal y no dejó detrás una arquitectura partidista sólida. Lo que hereda Claudia Sheinbaum es un poder enorme, pero poco ordenado. Cuando el liderazgo presidencial no es suficiente para imponer disciplina automática, no hay reglas claras sobre cómo se resuelven los desacuerdos internos. Así, hay ámbitos donde el poder de la Presidenta se ejerce con eficacia, por ejemplo, la sustitución de Alejandro Gertz Manero. Pero hay otros ámbitos, en cambio, donde ese consenso simplemente no existe. Por ejemplo, la persecución criminal de casos de corrupción como el huachicol fiscal o Adán Augusto. La Presidenta no ha logrado definir una línea clara sobre qué se sanciona y qué se tolera cuando los involucrados son militantes o aliados del partido.

El mayor riesgo del nuevo régimen aparece justo ahí: poder concentrado sin reglas internas claras tiende a ejercerse de manera desordenada y contradictoria. Dicho de otra manera, cuando el poder se concentra es indispensable sustituir

los límites formales por acuerdos políticos fundacionales que dibujen qué se puede, qué no y quién decide. Sin esos límites, la arbitrariedad se normaliza y la incompetencia deja de tener costos.

Lo que estamos presenciando en México es un régimen de partido hegemónico en proceso de institucionalización, que concentra poder sin haber definido todavía las reglas internas que lo hagan gobernable. La política y sus límites ya no se deciden en el Congreso ni en los tribunales, sino en la capacidad del liderazgo presidencial para construir consensos dentro de su propio movimiento. Y ese es un arreglo inherentemente inestable: depende demasiado de la persona que encabeza el poder y demasiado poco de reglas compartidas que sobrevivan a los liderazgos.

Mientras Morena no resuelva cómo ordenar su propio poder, el país seguirá gobernándose con una hegemonía sin orden. Y eso es una combinación peligrosa. Porque cuando no hay contrapesos externos ni límites internos claros, los errores no se corrigen, los abusos no se sancionan y las decisiones se vuelven erráticas. El reto del sexenio de Claudia Sheinbaum no es acumular más poder –ya lo tiene–, sino convertirlo en un poder gobernable, con reglas, prioridades y responsabilidades claras. Sin ese paso, el poder concentrado es un poder desordenado y sin brújula axiológica. Muy peligroso.